El enigma del humo

Que nuestros dirigentes han de ser los miembros más inexorablemente sensibles de la comunidad es una ley no escrita (mienten quienes afirman, sin siquiera avergonzarse por las dimensiones de su extraordinaria falsía, que en nuestra ciudad las leyes se acumulan unas sobre otras y todas sobre nosotros hasta aplastarnos bajo un alud de prohibiciones, admoniciones, exigencias, insinuaciones, castigos de diversos guarismos, recomendaciones terminantes, relojes siempre desvelados, ojos de cerradura y perros policía), más sin embargo es dulcemente cierto: nuestros dirigentes son sensibles, absolutamente sensibles; este cronista se atrevería a decir más aún: a veces, nuestras autoridades son prisioneras de su delicadeza, a tal punto que su sensibilidad se convierte en martirologio. Pero ellos, los jefes, saben muy bien que no ocupan sus cargos de casi impronunciable responsabilidad para lucrarse de ello ni en ellos acrecentar su bienestar, su narcisismo y ni siquiera el afán de poder que a todo bien nacido estimula, sino, por el contrario, para sufrir, sacrificarse y aún padecer la horrible soledad que confiere el tomar decisiones y decretar disposiciones que, a menudo, mal comprendidas, están a punto de provocar el pánico o el odio. A punto, digo, y lo repito: a punto: pues sucede que el mencionado pánico o el consignado odio no llegan siquiera a nacer, pues en seguida el común de los ciudadanos comprende lentamente, y a veces vertiginosamente, qué de sus jefes, al ser éstos, como son, infalibles, nada errado y nada enojoso es posible esperar ni temer ni imaginar siquiera, y así, cuando el común o parte del común siente extrañeza ante el designio de una disposición de los jefes (permítaseme en adelante escribir esta prodigiosa palabra con la mayúscula que le corresponde), cuando, repito, una gran mayoría, un grupo o un miserable solitario desconfía, sólo por un instante, de los designios, a menudo, sí, impenetrables, de las disposiciones de los Jefes, entonces ni siquiera es necesaria la condena a ser colgado por el cuello hasta que el espíritu se separe del cuerpo, ni tan sólo la pena de azotes que establece, aunque entre líneas, nuestra Constitución, para que el dicho miserable individuo acate al punto, comprenda e inclusive celebre lo que la Autoridad dispone. Quienes sugieren que esta premura de la comprensión del común, de parte del común o de un abominable solo —pues generalmente se trata de un conspirador— puede deberse a la intimidación o al tormento, no saben lo que dicen, y sólo esa ignorancia, contemplada con honda compasión por los Jefes, les preserva del sin duda merecido exterminio, aunque no siempre, claro está, de habitar, por un período que puede oscilar entre seis meses y noventa años, en alguna de nuestras instalaciones de Reapropiación de Inteligencia Popular (RIP). Ahora bien —y digámoslo no con soberbia sino con orgullo—: tales sugeridores son escasos, desde hace siglos disminuyen constantemente, y tienden a desaparecer, y sin ninguna duda día venturoso llegará en el que la memoria de estos nefastos

se confunda con el olvido. Por el momento, es cierto, existen, aunque gloriosamente pocos, y en todo caso en suficiente menor cantidad que aquellos y multitudinarios miembros inteligentes del común que, a veces vacilando previamente, mas siempre vacilando muy poco, prontamente comprenden que una disposición de la Junta de Autoridades, por incomprensible que a primera vista se presente al común, sin duda es acertada o habrá de serlo alguna vez, puesto que —y el cronista regresa aquí al punto central desta crónica— ¿cómo habría de caber error en decisiones tomadas por los seres más exactamente sensibles de cuantos la fortuna diseminó con abundancia sobre nuestra comunidad? Cada uno de nuestros ciudadanos se hace a menudo esta pregunta, no tanto porque alimente dudas, cuanto para a renglón seguido poder gratificarse con una certidumbre. Certidumbre que jamás es otra que ésta: las decisiones de nuestros guías siempre son acertadas; cuando no lo parecen, basta aguardar, reflexionar —no necesariamente hasta la extenuación—, o concederse a uno mismo el alivio de aceptar que los designios de los Jefes son superiores a nuestra comprensión. Y cuando, ni aun habiendo efectuado este tránsito de reflexión o de humildad, tales decisiones alcanzan a ser transparentes, y quizá ni siquiera inteligibles, entonces aplícase de súbito la explicación cabal, casi sagrada, pues se confunde con la devoción y la fe: la sensibilidad de nuestros Jefes es imponderable, inescrutable y absoluta, y por ende sus decisiones han de ser celebradas siempre con la alegría del acatamiento, aunque este acatamiento pudiese amenazar con asfixiar a la comunidad, como es cierto que ha estado a punto de ocurrir, ¡aunque igualmente cierto es que de ningún modo ha ocurrido!

La amenaza de asfixia general comenzó una mañana en que nuestras Autoridades prescribieron el silencio común. La incontenible sensibilidad del Alto Mando para la Ordenación de la Regularidad (AMOR) hizo apercibirse a los Jefes de que el ruido excesivo (y en una comunidad civilizada ciertos ruidos siempre pueden alcanzar el exceso) había comenzado a enfermarlos. Agreguemos precipitadamente que nos referimos aquí no a cualesquiera ruidos, los del tráfico verbigracia: hemos dicho que nuestros Jefes son sensibles, no que sean damiselas, afeminados ni nada de semejante guisa. Habían comenzado a enfermar de los nervios debido a un solo y específico ruido: el sonido de las conversaciones del común. Pudiera parecer extraño —sobre todo a extranjeros, que es una forma delicada de mencionar a los intrusos— que las conversaciones, inclusive en idioma propio, de la propia comunidad, puedan herir el minuciosamente delicado sistema neurovegetativo de quienes nos conducen. Pero tal extrañeza es, no diría yo punible, mas sin duda indebida, pues que puede ser desautorizada, pulverizada incluso, por una explicación diáfana. Este cronista se apresta a condescender a tal explicación, toda vez que alrededor de nuestra Temporada en el Silencio alcanzaron a urdirse clamorosas difamaciones que de súbito pretendieron intoxicar a la buena fe del común. Tales difamaciones apuntaban siempre en una sola dirección, con delincuente y atroz monotonía, según las cuyas, nuestras Autoridades no eran sensibles, sino autoritarias, y no tomaban decisiones destinadas a preservar la salud de sus nervios, única forma en que los Jefes pueden y deben desvelarse en el extenuante ejercicio de conducir la cosa pública, sino orientadas a reprimir nuestra sagrada libertad de expresión. Tan asombrosa simplificación (hubo quienes, demoníacos, comentaron con burla la fina diferencia que el departamento de Propósitos de Correcta Expresión —PCE— estableció entre los conceptos de libertad y de libertinaje) hería sobrea-

bundante y vil la sensibilidad de nuestros Jefes, ya de antemano castigada, como ha quedado demostrado, por el ruido no siempre armónico de las conversaciones del común. Y es que el común, digámoslo con pesadumbre, pero también con valentía, puede correr, y corre —si no es debidamente conducido—, el peligro de elaborar —o amontonar, mejor— un discurso colectivo más próximo a la falacidad y a la anarquía que a la armonía y a la verdad. Pues, ciertamente, lo que alcanzó a erosionar el capital nervioso de nuestros Conductores no fue el volumen, considerado en decibelios, de las conversaciones del común, sino la calidad —mejor: la incalidad— en que se extraviaban las mismas. Sucedió que, durante un corto tiempo que sin embargo para nuestras Autoridades llegó a ser eternal, las charlas —o mejor: las chácharas— de casi la totalidad del común alcanzaron a ser tan desviadas, e inclusive tan sigilosas y enigmáticas, alcanzaron tales niveles de ingenuidad pero a la vez de exoterismo, que llegaron a sonar insistente y escandalosamente a subversión y desacierto, hasta tal punto que los sistemas auditivos de nuestros Conductores, puntualmente informados por la Brigada de Escucha Social de Anticipación (BESA) comenzaron fieramente a sufrir. ¿Cómo así —interrogábanse con desconcierto, decepción y melancolía nuestras Autoridades—, cómo así? ¿Puede una comunidad feliz descuidarse en brazos del rencor, de la insidia y de la calumnia? ¿Puede una comunidad dichosa reflexionar sobre los peligros de la infelicidad? ¿Es que acaso el común no advierte que tal fatalidad dialéctica puede llevarlo directamente a la catástrofe? ¿No se apercibe de que todo ese desvarío, toda esa argumentación mendaz y disolvente, puede implantar la arquitectura de la calamidad? ¿Si tuvieran razón serían, pues, infelices? ¿Preferirían, pues, asumirse como infelices? Mas si no desean serlo, como no lo desean, ¿qué otro remedio, sino el silencio mismo, podría reconducir la felicidad del común? Que nuestros enemigos le llamaran sofisma a la angustia con que nuestras Autoridades se formularon para sí tan agudas preguntas, cosa es que prueba lo acertado de ellas. Sabiéndolo, nuestras Autoridades, capaces, sí, de interrogarse como corresponde a quienes necesitan saber, pero incapaces de conceder por pereza o por cobardía la razón a nuestros enemigos, una mañana, acongojadamente, pero con la resolución a que sus cargos obligaban, tomaron la decisión de prescribir el silencio al común.

Sería disparatado y subversivo el suponer que a partir de ese instante nuestra ciudad ingresó en lo que los portavoces del espionaje extranjero llegaron a calificar como un silencio sepulcral. No es cierto, y la verdad exige su proclamación y su defensa. Nada más sencillo que efectuar esa defensa. Casi con desdén lo anotamos: no advino un tal silencio, nombrado de manera tan cursi. Cualquiera que de buena fe escuchase el fragor ciudadano podía reconocer en nuestras calles y en nuestras plazas los ruidos que la civilización otorga a una comunidad: la estridencia del tráfico rodado, con su ya legendaria sobredosis de frenazos y bocinazos; el pespunteo sonoro de las máquinas tragaperras; los altavoces de las camionetas que anunciaban los lugares y horarios en que se proyectaban los films que mantenían viva la memoria de nuestras gestas militares; los ladridos postreros de los perros que cruzando indebidamente las calzadas eran aprisionados por la diligente velocidad de automóviles, autobuses y camiones de intendencia; los chirridos de algunos goznes de las puertas mal engrasadas; los ruidos secos que resultaban del choque de las bolas de marfil en los salones de billar; el lenguaje

del viento conversando con las ramas de los árboles de los parques o penetrando en las gargantas de las chimeneas; el rumor industrial de las máquinas calculadoras sonando en los medianos y grandes almacenes; el chillido de los gorrinos en el instante laborioso de la matanza; el ruido vigoroso de los aserraderos y la voz misteriosa de la sirena de los barcos aproximándose a los puertos; la flauta del afilador ambulante y el tecleteo de las máquinas de escribir en manos de presurosas mecanógrafas; las recias voces de mando que emergían de la calle por las ventanas desde el fondo de los cuarteles; el dulce lamentar de los armonios y de los clavicordios en el interior de los templos; el sordo ronquido de las grúas, el sonido de las puertas cerrándose, el susurro de los grifos abiertos, el ruido de las gentes que gemían... Vale decir: cualquiera que, sin ánimo de mentir ni mentirse, transitara nuestra ciudad sentiría indignación ante el nombre —«silencio sepulcral»— que nuestros enemigos habían dado a una disposición de Arriba. Nuestra comunidad sonaba como debe sonar toda comunidad industriosa que, sin desposeerse jamás de las amarras del pasado, se afana en la construcción de un futuro innumerablemente vendado por la felicidad. Sólo, es verdad, se echaba en falta el sonido de las voces humanas, detalle que, por cierto, al no ser nada nuevo, no consintió la alarma de nadie que no fuera extranjero, excepto cuando comenzamos a advertir el establecimiento de un fenómeno inesperado, inexplicable y poco después ligeramente aterrador: el común comenzó a expeler humo por la boca.

Ni qué decir que los servicios de espionaje no aborígenes se apresuraron a deducir una correspondencia inmediata entre el silencio obligatorio de nuestros ciudadanos y el humo que sin cesar los mismos expelían. Tales servicios, y la propaganda extranjera ulterior, se afanaron en el desaforado, anticientífico y grotesco intento de convencer a los representantes de los foros internacionales de que el humo que sin cesar brotaba de las bocas calladas de nuestros ciudadanos se debía a una fantasmagórica elaboración del metabolismo diafragmático de nuestros ciudadanos, elaboración que equivaldría a una especie de combustible interno capaz de convertir el lenguaje inmovilizado en grandes e incontenibles bocanadas de humo. Tan inusitada deducción, fuera de toda sabiduría científica, no logró despertar en nosotros otra cosa que nuestra risa, mas como quiera que, aún apartado de tan malintencionada conjetura, el fenómeno era por los menos inoportuno (resultaba ciertamente antiestético contemplar a las gentes del común envueltas en su propia nube de un humo que brotaba, como enojado o amenazador, entre sus dientes), lo cierto es que, con prontitud, los Guías ordenaron a los hombres de ciencia averiguar el origen del que hubimos de nombrar el Enigma del Humo (EH), y así, los paleógrafos y los historiadores se ocuparon en consultar los empolvados manuscritos de las viejas bibliotecas y hemerotecas, los archivos municipales y las bibliotecas privadas —en este último caso, previa presentación de una orden de registro—; los dentistas, orientados por los comandantes de la Brigada de Información Ciudadana (BIC), interrogaron todas las dentaduras del común; los ecólogos fueron obligados a trabajar horas adyacentes a la búsqueda de una explicación; los gastroenterólogos y los encargados de los cuartelillos de policía formaron grupos mixtos para, aunando esfuerzos y duplicando técnicas, inquirir, in situ, las causas del fenómeno. Confiando en abolir o en eliminar el fenómeno fueron puestas en práctica diferentes medidas dietéticas: se incrementó el consumo de frutas frescas y la lectura de libros sagrados, se

repartieron casa por casa enormes cantidades de alcalinos y se llamó a servicio oficial a todos los psicoanalistas privados, los cuales, dicho sea en honor a la veracidad expositiva, acudían a su asignado sector de trabajo de mala gana, pues que a ellos mismos les brotaba el misterioso humo entre sus propios dientes. La preocupación comenzó cuando vimos, ya casi tenuemente horrorizados, cómo altos cargos de la Administración, aún teniendo licencia para hablar por lo menos lo imprescindible, igualmente expelían humo por su boca.

Mas la preocupación sólo había comenzado y por un tiempo sólo estuvo destinada a crecer. Por un lado, nuestros gobernantes, ante agresión de tanta novedad y de tanta insistencia, comenzaron a sufrir molestias en las vías respiratorias, de modo que perdieron el control de su voz y tenían que susurrar a gritos, dando a la propaganda enemiga la oportunidad de difamarnos al informar ésta de que nuestros próceres se habían vuelto coléricos. Por otro lado, era ya tanto y tan diverso el humo que producía el común (diverso, sí, pues, como ha quedado consignado, no eran ya sólo los miembros del común los productores de la colectiva humareda, sino que expelían también enigmático gas algunos presidentes de banca, reclutas, oficiales de la marina —pocos, en este caso— catedráticos de humanidades, senadores, sacerdotes y sargentos y cabos de cocina), que la atmósfera volviose literalmente irrespirable, a tal punto que algunos ciudadanos, impelidos por lo desaconsejable de un aire otrora beneficioso y cristalino, y aún por ciertas partículas venenosas que en el aire fueron creciendo y que nuestros laboratorios químicos no consiguieron descifrar, procedieron silenciosamente a morir. Llevábanse ambos manos al cuello, miraban con extrañeza ante sí, aunque presumiblemente sin ver, ensayaban con taciturna desesperación diferentes visajes en señal de incomprensión y asfixia, y resbalaban hasta el suelo, al que llegaban muertos... Y en este instante de esta crónica verdadera es preciso agregar un hecho, también enigmático, que se agregó a la dimensión general del Enigma: no eran ciertamente los niños, y ni siquiera todos los ancianos, los que solían caer fulminados a causa de aquel humo fenomenal —queremos decir: misterioso—, sino que la más alta porción de víctimas de ese humo enigmático y estereofónico lo era formada por ciudadanos adultos y por jóvenes vigorosos. ¿El mal enigmático no atacaba, pues, a los más débiles sino por el contrario a los más fuertes? ¿Y cómo así, y cómo así? Nos atemorizaba descubrir que el Enigma del Humo contravenía las normas de la naturaleza humana, que de antiguo establece que los débiles ceden mientras que los fuertes resisten. ¡Sucedía lo contrario entre nosotros: los niños y la mayoría de los ancianos expelían su propio humo y tragaban diligentemente el ajeno, sin mayor contratiempo que algunos diseminados fallecimientos por asfixia y una general catadura en cierto modo asemejada a la tristeza, y todo ello sin mayores consecuencias, en tanto que era entre mocetones fornidos y adultos de reconocida bravura donde el humo se cobraba un mayor número de piezas! A tal desacomodo de la lógica nuestros biólogos y nuestros matemáticos no encontraron respuesta que nos tranquilizase, y a fe que la tranquilidad ya resultábanos indispensable, habida cuenta de que algunas irregularidades laterales vinieron a enturbiar más aún el Enigma del Humo. Algunas de las dichas irregularidades pudieran ser consideradas, no sin benignidad, comprensibles. Otras fueron total y descortésmente incomprensibles. Consignará el cronista aquí, equitativa y lacónicamente, tan sólo una

de cada. Comenzaremos por la comprensible: Sucedió que, como quiera que en nuestra sociedad, sabia de antiguo y de antiguo respetuosa para con cuanta conquista el pasado nos ilumina, las hembras, más conservadoras que los machos (sí: el origen de nuestra sabiduría es ancestral y se remonta hasta la edad de las cavernas), fallecían en menor cantidad, se supone que debido a una mayor disposición para tragar el humo general sin lastimarse hasta el extremo de su propio óbito, en tal desajuste aritmético los ancianos y los maduros, y aún ciertos niños ya próximos a la adolescencia, creyeron adivinar no llegadas aún o ya perdidas posibilidades con respecto a las damas, que más a su disposición quedaban cuanto mayor era, como lo era, el número de piezas adultas cobradas por el humo enigmático; y así, en los rostros de los silenciosos y humeantes ancianos se dibujaba una expresión siniestra que era mitad alegría ante el autoexterminio de los adultos y otra mitad lujuria ante la evidencia de que podían aspirar a un mayor número de damas. Esto, que en su principio es comprensible, se tornó vergonzoso cuando los tales maduros y ancianos, e inclusive abundantes niños de voz antiestéticamente ronca, iniciaron la caza de la dama, no ya en solar discreto o en la penumbra de los porches o los pajares, sino en las calles mismas, en las plazas, en los jardines públicos y hasta en las escaleras de la Diputación y del Congreso. Era atroz ver desde cualquier ventana del Senado cómo un viejo reumático o un mierda, con perdón, de diez años, al vislumbrar alguna de las damas que ellos consideraban sobrantes, llevábanse la mano a la entrepierna para exhibir, ipso facto, un pene miserable pero no obstante perezoso o un apunte de verga súbita pero aún inacabada, con cuyas se lanzaban, entre miradas enlodadas por la lujuria, contra las damas que, inclusive humeantes, podían ser sin embargo nuestras hermanas, nuestras esposas e incluso nuestras madres si se tercia. Hubo, pues, que reprimir tan inapropiadas escenas, mas como quiera que la represión no alcanzaba a desbaratar la ignominia de una sexualidad tan precipitada y numerosa, la Autoridad, con verdadera angustia, ideó una posible solución que diera fin, no ya tan sólo al bochorno sexual que iba emporcando la ciudad, sino también y por entero al Enigma del Humo. Pensose que tal vez la exhalación incesante de humo pudiera originarse en alguna epidemia, desconocida y aún foránea, que quizá había agarrotado los esfínteres de la ciudadanía (puesto que, sí, el humo general era, además, extraordinariamente maloliente) y de inmediato se procedió al reparto y la ingestión forzosa por parte de la ciudadanía de dosis notables de laxantes de diversa composición, con predominio del ricino. Pero no alcanzó esta medida resultado satisfactorio. Al contrario (y ésta fue una de las irregularidades enteramente incomprensibles ya más arriba reseñadas), los miembros del común así tratados no dejaron de expeler humo, ni olían mejor sino que olían peor, si cabe que el cronista mancille así el idioma con la mención de tan bochornosas bajezas, ni fallecían en menor cantidad: antes bien, se morían de forma más precipitada y descompuesta. Y encima las fábricas de ricino ya no daban abasto.

Si sumamos a todo lo aquí expuesto el hecho de que algunos exhaladores de humo, increíblemente y de forma suicida, renunciaban de pronto, provocativamente, a su silencio e, incluso enfrente mismo del Gabinete de Justicia, pronunciaban, y a gritos, discursos descabellados y estridentes, si sumamos también a ello el hecho de que la represión de estos primeros insensatos no logró más reacción en el común que la mul-

tiplicación de los mismos, asunto inconcebible pero claramente real, hasta el punto de que en algunas zonas de la ciudad se formaban grandes colas de exhaladores dispuestos a pronunciar sus descabellados discursos, de modo que cuando un locuaz caía bajo los golpes o la metralla de la Unidad de Acatamiento Colectivo ya otro locuaz iniciaba la abolición del silencio prescrito, y luego otro locuaz, y otro, y otro... se comprenderá que la ya demostrada sensibilidad de nuestros mandatarios fuese, como lo fue, iluminada por el afán de concordia, recapitulación y examen de la situación, hasta el punto de que se dispuso que los exhaladores nombrasen una comisión para negociar con los Jefes naturales de la ciudad.

Se habló mucho, casi todo mentira, sobre este giro de la situación. Los enemigos y los subversivos que, sin ser foráneos, acaso merecieren serlo mediante la pena de destierro, se obstinaron en proclamar nadie sabe bien qué victoria, nadie sabe bien qué derrota. ¿Qué derrota? El cronista pregunta con seriedad, instando, como insta, a una respuesta presurosa y diáfana: ¿qué derrota? Lo repetimos: ¿qué derrota? Nadie fue derrotado, y agregamos que nadie en especial concluyó victorioso, puesto que el acuerdo final fue una victoria para todos. Las Autoridades, por su parte, reotorgaron al común el uso de las conversaciones (con lo cual el humo que se venía expeliendo dejó de brotar de las gargantas como por obra de encantamiento) mas lo reotorgaron con dos condiciones. Primera: ellas, nuestras Autoridades, usarían en adelante, siquiera por un tiempo inicial, tapones de cera en sus oídos, para preservar su sensibilidad, ya que ésta, que había sido el origen del Enigma del Humo, no entraba en discusión. Y segunda: el común quedaba autorizado, como se ha dicho, a hablar de nuevo, pero comprometiéndose a efectuar esa fiesta en voz baja. Por su parte, el común se comprometió, juntamente con una Comisión de Jefes, a postergar ulteriores rondas de negociación en las que serían más adelante discutidos el derecho a conversar en voz algo más alta; luego, el derecho a reir y toser y, finalmente, el derecho a cantar, si bien tales conquistas habrían de perseguirse con ilimitada prudencia a fin de que la sensibilidad de la Jefatura General de nuestra ciudad no sufriera agresiones innecesarias y precipitadas. Cuando los pregoneros proclamaron —con sordina— los términos de los acuerdos alcanzados, ya en una ciudad no ensuciada por la humareda de los ciudadanos, las oficinas de espionaje y subversión foránea se apresuraron a intentar desprestigiar nuestra cultura, nuestra idiosincracia y hasta nuestro Sistema Sindical (SS), cuando lo único cierto es que el Enigma del Humo había servido para probar, una vez más, cuestiones que de antiguo nos dignifican: la sensibilidad de nuestros Jefes, la unanimidad del común, la virilidad de nuestros ancianos y nuestros aprendices de hombre, la eficacia de nuestro aceite de ricino, la prudencia y mesura de nuestros negociadores, la flexibilidad de los mismos, la virtud inquebrantable de las damas, que sólo a la fuerza consintieron en ser ultrajadas por el placer y, finalmente, la compenetración entre los Jefes y el común, los cuales, una vez redactados los acuerdos que restablecían la higiene pública y que daban fin a la asfixia, acudieron conjuntamente a los balcones del Senado para susurrar una alegría que hicieron suya todos los ciudadanos, los cuales se diseminaron hacia sus domicilios entre igualmente ordenados y maravillosos susurros; susurros por entre los que, sin embargo, según informes policíacos, dícese que se oían, aunque dificultosamente, algunos versos delincuentes de un poeta extranjero que antaño

redactara un cuaderno infernal denominado *Una temporada en el silencio,* o en el infierno, o en algo parecido sobre lo cual este cronista no desea pronunciarse por carecer aún de datos fidedignos y, a la vez, por no carecer de la debida repugnancia ante la poesía deplorable. Sin embargo, y no obstante la discreción con que el cronista terminantemente ha resuelto poner fin a esta crónica, no osará el dicho relator concluir su informe verdadero sin antes agregar que mienten los precipitados que en el cobarde cobijo de las sombras aseguran que las Autoridades, tras el logrado acuerdo con los representantes del común, prescribieron la sigilosa pero diligente degollación no sólo de cuantos susurraban los versos foráneos ya citados, a los cuyos —versos foráneos— se había estimado subversivos desde su mismo título, sino inclusive y sobre ello de todos los poetas, en sazón o en fermento, en estado de aprendizaje o de maestría, con los que la ciudad desde remotos tiempos condecora su cultura para esplendor y prez y orgullo de la comunidad. ¿Será necesario condescender a aseverar que mienten de manera fornida quienes han hecho propalar esta especie? No es cierto que en las mazmorras se hayan habilitado crematorios donde en las madrugadas se otorga disipación total a los poetas previamente torturados y degollados. ¿Quién en su sano juicio y no desconociendo la naturaleza apacible de nuestra concepción del mundo podría consentirse en creer que nuestro Senado Secreto (SS) ha, como no lo ha, dispuesto la formación de una División de Asuntos Relacionados con la Lírica, o Investigation Noxius Gang (DARLING), cuya función consistiría en examinar in situ bibliotecas, librerías, aulas y otros es cierto equívocos recintos, y detener al punto a cuanto lector amenazase con abrir desobedientemente un libro del género poesía? Cuando la difamación exagera su crecimiento, se torna, felizmente, increíble: de modo que también es mentira el contenido de unas octavillas, que iniciaron anoche mismo su clandestina y enojosa diseminación por las esquinas de nuestra ciudad, en las cuales calumniadores no por descomunales menos irrisorios e inútiles han escrito sin pie de imprenta —mostrando así su irreparable cobardía— que en la tal decisión de exterminar desde su misma raíz y para siempre la lectura de versos subversivos (¿mas cómo distinguir a los que no lo son?), y tomada la susodicha decisión, según reza la susodicha especie, por nuestro Senado Secreto, ¡nada menos que estuvo y que aún está de acuerdo la inmensa mayoría del común! O séase: que según esa hez nocturnal que llaman octavillas, los acuerdos alcanzados para solventar el Enigma del Humo y regresar a la felicidad habrían sido posibles gracias a que, tanto los legítimos Jefes como los igualmente legítimos representantes del común habrían resuelto soñadoramente otorgar en secreto a todos los versificadores, que sean y que pudieren ser un día, tormento, degollación y cremación: medida encaminada a reconstituir una comunidad en que las críticas escandolosas fueren impensables al fin, y así mismo impensables quienes glotonamente gozan con el desorden, lo cual sin duda serviría de bálsamo y de alivio a la sensibilidad no tan sólo de nuestros Amos sino también y equitativamente de todos los ciudadanos respetables: que también son sensibles, como es obligatorio proclamar en favor de cuantos miembros (lo repetimos: respetables) desta ciudad odiada por la envidia existen; ciudadanos cuya conducta, honra y exemplo constituyen un monumento a la sensibilidad, la decencia y el mutuo entendimiento, para enojo de extraños, perturbados, líricos y delincuentes varios que, menester es consignarlo ahora y aquí, no logran, ciertamente, ser numerosos,

ni tolerados por los Amos, por el común tampoco, ni asimismo por el humilde informador que, en este instante justo, resuelve, con más misericordia que desprecio, tajantemente silenciar a todos esos dichos y sus cómplices, como es aconsejable silenciar a la peste, sin renunciar a su exterminio.*

Félix Grande

* Estas páginas han obtenido el Premio de Cuentos del V Concurso Internacional Barcarola.

Caricatura de Balzac, por Benjamín Roubaud.